



UN VIAJE MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA. LOS MIGRANTES CENTROAMERICANOS EN MÉXICO*

Rodolfo Casillas R.**

*Yo soy un hombre del sur
polvo, sol, fatiga y hambre
hambre de pan y horizontes...hambre*

Pedro Garfias

La historia de la migración centroamericana, sus razones, estímulos, expectativas y avatares presentan un fenómeno complejo, imposible de reducir a explicaciones unicasales, mecánicas o unilineales. El proceso migratorio, explicado por sus propios protagonistas, emerge con una lógica ajena a la que estimula o explica las elaboraciones de gabinete. De ahí que se alimente una veta de investigación particular sobre la convergencia o no entre los procesos sociales y las políticas migratorias estatales, hechos en los que el factor subjetivo tiene una incidencia nada despreciable.

The history of Central American migration, the reasons for it, the stimuli, hopes, and ups and downs of its participants, represent a complex phenomenon, impossible to reduce to unicausal, mechanical or unilinear explanations. The migratory process, in the words of its protagonists, offers a logic that is far removed from that which stimulates or explains government decisions. This nurtures a specific line of investigation into the convergence, or lack of it, between social processes and government migratory policy, events in which the subjective factor has a not unimportant impact.

Este artículo no trata de la verdad de las estadísticas de la migración centroamericana en México, sino de la verdad que esgri-

* Este artículo es producto de la investigación "La migración centroamericana en México en tiempos del TLC", que realizara el autor con el patrocinio de Georgetown University, la Academia Mexicana de Derechos Humanos y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO, Sede Académica de México, instituciones a las que el autor expresa su reconocimiento.

** Profesor e investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO-México.

men las mujeres y los hombres de Centroamérica que llegan o pasan por México, que por ese hecho de traslado se pueden convertir en un número en las estadísticas mexicanas. Se trata de la elaboración de una historia colectiva con base en muchas historias individuales, que a veces se repiten, se traslapan, se niegan, se complementan, se contradicen; que forman el cuerpo de una masa migrante con muchos rostros, tantos como un proceso plural y complejo como el de la migración puede tener, lo que pone en duda la validez de la dicotomía migrante político-migrante económico.

Durante 1993 y 1994, en distintos sitios de México, se levantaron 85 entrevistas.¹ Con apego teórico-metodológico en las historias de vida, se inquirió sobre distintas fases y autoexplicaciones de su migrar. El objetivo: la interpretación que los migrantes mismos elaboran sobre su proceso migratorio y de los hechos coyunturales que en él inciden, como el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLCN) inicialmente y la insurgencia zapatista.²

Si aceptamos que cada individuo es un testimonio viviente de su sociedad, de lo más inmediato de ella, entonces su palabra reconstruye su entorno social. Ciertamente, es una reconstrucción incompleta, con puntos "ciegos" porque partes de la sociedad no se conocen ni se imaginan, y entonces el desconocimiento se suma a las posibles fallas en la memoria, en la racionalidad del inconsciente, en las tergi-

¹ Para facilitar la lectura de este artículo, se sigue la recomendación editorial de no citar con todos los datos cada una de las entrevistas realizadas. El texto que sí presenta todas las notas referenciales se encuentra en "Central American Migration to Mexico and the United States: A Post-NAFTA Progresis", Washington, DC, Georgetown, CIED, noviembre de 1995.

² En la selección de los entrevistados se conjugaron dos elementos: uno programable, como era el conocimiento previo de los distintos flujos, temporalidades, lugares de encuentro, vías de acceso (amistades, conocidos), adaptabilidad al medio en que se encontraría al migrante susceptible de entrevista, etc. El segundo, el azar, es decir, cumplidos los pasos antes mencionados, y al encontrar un grupo a primera vista homogéneo o no en fonotipo, situación, condición, edad, lengua, etc., hablar con el recomendado o elegir a alguno de ellos, siguiendo quizá alguna manifestación de simpatía, un gesto que invitara a dialogar, aunque en otros casos se prefirió al que intentó pasar desapercibido. Los entrevistados, así, fueron: indocumentados y documentados por migración; trabajadores agrícolas y transmigrantes; hombres y mujeres; viejos y jóvenes; solteros, casados o simplemente unidos por la voluntad de la querencia; en labores, en búsqueda de la subsistencia en el lugar de destino o en camino al lugar donde esperaban conseguirla; en algunos lugares del campo, en algún cuarto o patio abierto, cuando no en un espacio cerrado, de altas bardas y vigilancia, que hacía sentir el confinamiento de la estación migratoria.

versaciones conscientes del testimonio. Todo ello puede conducir a un relato alterado, aunque sujeto a controles para evitar en lo posible las alteraciones; pero *es*, a final de cuentas, *el relato que el entrevistado construye sobre sí mismo* y, a partir de él, su interpretación de la sociedad.³ Por otra parte, recordemos que en los tiempos actuales individuo y sociedad no dejan de ser continentes abiertos y fragmentados, difíciles de aprehender y explicar incluso para especialistas. Así que en este mar de procesos en curso, medianamente conocidos y por los que se transita muchas veces a tientas, en tanto que la incertidumbre y la relatividad se han vuelto características de la época, la explicación que el migrante hace de su propio proceder tiene la fuerza testimonial de sujeto receptor-actor social.

Desde esta perspectiva, no sólo migran los estómagos vacíos, los brazos jóvenes que quieren explotar su capacidad productiva, sino también los que, oteando horizontes, comprenden que su realización social sólo es posible adentrándose en otras tierras, que las propias no cuentan con las actividades (o éstas no están lo suficientemente desarrolladas) que les permitan ensanchar su creatividad humana. Vale la aclaración porque al ser entrevistados, trabajadores agrícolas, técnicos y administrativos de fincas, y transmigrantes, el factor económico pesa en su argumentación. No obstante, se verá que lo económico es sólo una parte en su propio decir.

¿Y si nos vamos?

Salir de la tierra de siempre, a la tierra del otro a buscar el futuro, no es una decisión fácil. Ya desde antes de salir empiezan las complicaciones: ¿qué decirle a la familia, cómo explicar que la única posibilidad de salir del problema implica salir del país? Hay quienes no se atreven a decirlo abiertamente, se ponen de acuerdo con la mamá, como el caso de una salvadoreña, que le “faltó el valor” para decirle

³ Es muy posible que el(la) entrevistado(a) al ser cuestionado(a) enfrentara la posibilidad de verbalizar razones que antes no dijo en voz alta, que incluso acalló en sus círculos afectivos más inmediatos. Ello no demerita, antes bien, libera toda esa fuerza subjetiva que le impelió a cruzar fronteras; a librar amarras en busca de un espacio, una ocupación, un medio social que le permitiera satisfacer sus necesidades o realizar sus expectativas.

al papá sus intenciones de viajar a Estados Unidos. Otros más, haciendo a un lado el aspecto económico y la consulta con la pareja, que no estaba dispuesta a vivir cerca de sus suegros, actuó sin comentario previo:

Bueno, la situación económica para mí no es de gran diferencia. Puesto que allá en Guatemala tenía bastantes opciones en lo que es la vía económica..., pero es la situación de estabilidad, estar al lado de mis padres, eso es lo que busco.

El sueldo no me da para cubrir los gastos, por eso migra, aunque los padres estén en desacuerdo. En otra circunstancia, lejos de la familia ampliada, a la que no se pudo avisar de la huida, de la tierra donde siempre vivieron, preferirán adecuarse a una situación difícil pero con seguridad para su integridad personal:

Aunque aquí está difícil la situación no queremos regresar a Guatemala. No queremos volver a vivir en el temor...El ejército dijo: "los que se pasaron del otro lado, allá que se queden, y si alguno regresa es para ayudar a la guerrilla..." Hace poco, cuando ya era presidente De León Carpio, nosotros que estamos aquí cerca [de la frontera mexicana con la guatemalteca] oímos que estallaban bombas y que había combates, así que ¿cuál paz dicen?

En otros casos, la única manera de seguir creciendo es abandonando, así sea por un tiempo, la tierra que le vio nacer:

Pues la motivación, más que todo, es el deseo de superación, el deseo de salir adelante en la vida. Uno quiere mejorar su vida, o sea, vivir un poco mejor que como está allá en Guatemala. Uno allá claro que come, pero uno quiere mejorarse un poco, ver lugares, conocer gente, ir al cine, a las diversiones de las grandes ciudades. Siento que en Guatemala se gana bien, pero uno quiere ver el futuro, darle una mejor vida a los hijos.

Y, sin duda, la posibilidad de escaparse a situaciones adversas de distinta dimensión: "Tengo problemas con el gobierno y tengo enemigos, entonces no puedo regresar a mi país (Nicaragua)".

Sinceramente yo en mi casa no puedo vivir, porque tengo padrastro, entonces mi padrastro en tiempo anterior le ha dado muy mala vida a

mi mamá. A mí me ha tocado sacar la cara por ella... Usted no va a dejar que un hombre que no sea su papá le va a pegar a su mamá, ¿o sí?

Lo que pasa es que yo me vine porque yo tenía mujer. Mi mujer estaba en embarazo...y una vez la vi por allá en un parque con un hombre, se estaban besando, entonces yo no me aguanté, yo la cogí y la golpié, yo la quería matar, yo la dejé con los ojos hinchados, entonces todos los hermanos de ella... empezaron a buscarme..., yo tenía trabajo, yo trabajaba en el municipio, estaba bien organizado, a mí no me hacía falta nada.

En otros casos más, la migración temporal tiene otras implicaciones. Las interrogantes van en el sentido de ¿quiénes irán en esta ocasión?, ¿quiénes quedarán a cuidar los bienes y las siembras?, ¿quiénes alimentarán a los animales domésticos?, ¿quién ya está en edad de ir aprendiendo nuevas faenas del campo? Preguntas que se inciben más en la organización de una práctica migratoria generacional, que ajusta tiempos, necesidades, disponibilidad de grandes y chicos, hombres y mujeres, antes de emprender la marcha de todas las veces, de todas las generaciones precedentes.

No se hacen grandes preparativos, sobre todo cuando se trata de migraciones temporales, de unas semanas. Las diarias o por unos cuantos días, se toman como un traslado que no requiere mayores palabras. Incluso en las tentativas de migraciones de mayores distancias y duración, son pocas la veces que hay despedidas familiares, una fiesta, una despedida masiva; por lo regular, poco se habla en la víspera. Dos o tres diálogos cortos, no hace falta más: "Papa, nos vamos con el Rolando a trabajar a México... Nos vamos el viernes... Es que el sábado se arregla uno... Él ya sabe, ya'stado allá... Que venemos en dos meses". Parte con bendiciones, tortillas y frijoles y con unas cuantas prendas de vestir.

Luego a caminar, dormir en el monte y al amanecer cruzar el Tacaná, para llegar con la luz del día al centro de Unión Juárez a encontrar un enganchador, un administrador o, a veces, a los mismos finqueros que irán a contratar brazos para la cosecha del café. En ocasiones llevarán su cédula de identificación y un par de fotos, pero no siempre: en las rancherías no hay, por lo regular, estudios fotográficos; para fotografiarse habrán de desplazarse a la cabecera municipal o departamental, o tomarse la foto en Unión Juárez, Chiapas, pero no siempre hay dinero.

Migrar no es fácil y la decisión no se toma de un día para otro. Hay quienes tardan meses en decidirse, pues el temor les impide aventurarse, según los riesgos que les informaban parientes, amigos y conocidos locales o noticias en la radio, la prensa o televisión:

ladrones, migración, muchas personas salen y ya no regresan a sus casas, o que los matan o cualquier otra cosa, y luego que a las mujeres las violaban, todo eso, tú sabes, cualquiera se trauma, decía yo. Me voy o no me voy. Al rato le digo a mi mamá, es que ellos [los papás] no querían, "ah, no, m'hija, aquí aunque sea comes bien, nadie te está haciendo nada, en tierras ajenas pues cualquiera va a querer hacer y deshacer de ti y aquí pues no; siempre y cuando no le faltes al respeto a los demás", me dijo... Al rato le digo: "no mamá, mejor le hago a ver qué". "Ándale, pues, dice".

Previo a la migración, se realizan consultas familiares, se organizan los individuos y grupos de individuos que habrán de partir. Con la excepción de aquellos que han tenido que partir súbitamente (caso de los refugiados), el resto adecua los tiempos de partida a los de las labores que habrá de realizar, cuando ya se tiene destino agrícola preciso, o bien a las recomendaciones de amigos y parientes, tanto en los lugares de origen, de tránsito o destino final.

En cualquier caso, se sabe que se avecina un tiempo de silencio; si es por el trabajo temporal en las inmediaciones de la frontera nacional, por el corto tiempo que él implica, aparte de los problemas de comunicación que puedan presentarse (población ágrafa, falta de una red de comunicaciones que llegue a sus lugares de residencia habitual, etc); si la opción es más al norte del continente porque implica un recorrido mayor, un transitar más o menos lento pero que impide registrar un domicilio, se prefiere entablar comunicación cuando ya se logre establecer en el lugar de destino. El que fue cerca y regresa en los tiempos estipulados, vuelve triunfante porque logró su cometido. Si iba más lejos y volvió pronto, tranquiliza el verlo con vida, no más; o si se fue y se prolongó el silencio más de lo esperado, cada amanecer aumenta la incertidumbre..., pesando más el haberlo autorizado, animado, haberse hecho ilusiones. Por eso, diría una salvadoreña, que viajaba con su hija de 11 años: que ella nunca dejaría a su hija, cuando creciera, correr la aventura que estaban viviendo, que moriría de la angustia de saberla lejos y sola:

Tal vez algún día que ella se prepare y sea todo una mujer, de lo contrario no. Yo te digo, pero ni un paso a México, ni un paso, a menos que alguien me dijera: "yo te ayudo a tu hija", que yo supiera que no trae peligro. Pero de lo contrario, no.

En todos los casos, el equipaje es mínimo. Independientemente de si se tiene un vestuario amplio o no, la temporalidad menor o el propósito de no llamar la atención con un equipaje voluminoso cuando el objetivo es de mayor distancia, hacen que los migrantes, particularmente los transmigrantes, viajen con un par de camisas, un par de pantalones, quizá un rompeviento, todo sobrepuesto, para dar la imagen de ser lugareños, en tránsito vecinal. Lugareños que sólo hablan lo mínimo indispensable. Es decir, pasar desapercibidos, en la opacidad a plena luz del día. Por tanto, partir no sólo se circunscribe a tomar la decisión de soltar amarras, sino de prepararse, incluso en el vestuario, en mantener la boca cerrada y los oídos prestos, para avanzar por tierras extranjeras.

Llama la atención que, al menos hasta este momento, los entrevistados no hacen referencia a situaciones sociales o productivas de los lugares de destino como variables que consideren para fijar la fecha de partida. Ciertamente, los que concurren a los cultivos de la franja fronteriza ya lo han interiorizado, de tal suerte que se conducen aun sabiéndolos. En cambio, los que deciden ir más al norte de México o a Estados Unidos, no parecen regirse por los calendarios productivos o de labores varias de los lugares de destino; pareciera que los desconocen o consideran que siempre hay mercados abiertos a su incorporación. Dicho en otras palabras, que las razones personales y sociales locales del propio migrante pesan más que los externos en su decisión de partir.

Para querer y comer no hay edad ni condición social

En las rutas de tránsito y lugares de destino es factible encontrar centroamericanos de distintos lugares del istmo. Ciertamente, hay "especializaciones" como la que se observa en los campos chiapanecos, en donde la gran mayoría procede de Guatemala y sólo se observa la participación periódica de algunos técnicos costarricenses en las plantaciones de plátano. Fuera de ahí, se mezclan nacionalidades, eda-

des, condiciones de género, preferencias religiosas, de actividad ocupacional, temporalidades, migrantes primerizos y reincidentes, ya sea porque volvieron voluntariamente a su país de origen, ya porque fueron devueltos por migración mexicana a Tecún Umán, Guatemala.

Las mujeres con hijos van tras los pasos de su consorte; los datos son vagos, o administrados por escalas (ir a una ciudad, ahí buscar a alguien, o esperar en ella el envío de dinero e instrucciones para cubrir la siguiente etapa, etcétera). Se procede así no tanto por desconfianza hacia la pareja, sino por dos razones fundamentales: 1) la disponibilidad limitada de recursos; y 2) porque se recela de los abusos de que ella y los menores pueden ser objeto; la exposición, entonces, es a robos parciales y no a uno total. Por otro lado, el viaje a escalas permite ir administrando información precisa sobre los pasos a dar en la siguiente etapa, lo cual es muy útil para quienes viajan por primera vez y necesitan una guía periódica, aparte de que estimula sentir, así sea a distancia que se acorta, la proximidad del ser querido. Las redes sociales de apoyo, así, juegan un papel fundamental en este transitar internacional.

Migrar significa una erogación, por mínima que ésta sea, y son varias las opciones que tiene el migrante potencial para salir en busca del espacio de realización de sus inquietudes, de reunificación familiar o contratación laboral. Nuevamente, el matiz: los guatemaltecos que llegan a los cultivos en la región fronteriza sur de México, no necesariamente tienen que hacer tales erogaciones, pero sí los que viajan más al norte del país y, con mayor certeza, los transmigrantes. Así, la venta de una vaquilla, cerdo, caballo, u otros animales; arrendar la casa familiar; solicitar un préstamo; gastar los ahorros; con un poco de dinero viajar un tramo, trabajar y reunir algo más para otro tramo hasta llegar al punto deseado; o esperar la remesa desde el país destino son medidas de uso común.

Su práctica explica, adicionalmente, el porqué es posible ver campesinos y ciudadanos de escasos recursos en regiones alejadas de las tradicionales zonas fronterizas limítrofes, que incursionan en el centro-norte de México con sus propios medios, así hayan adquirido un adeudo a cubrir con remesas posteriores. En otras palabras, la idea de que los campesinos guatemaltecos sólo incursionaban en localidades del sur de México debido a lo limitado de sus recursos, como también lo señala una de las entrevistadas pudo ser válida en años ante-

rios. Pero, al menos desde 1993, se puede señalar que la condición de campesino y de pobreza no significan obstáculos infranqueables que limiten los destinos al sur-sureste de México. A algunos, la pobreza los hace migrar; pero no por eso dejan de ir allende fronteras. A otros, campesinos pobres, su condición campirana tampoco los detiene; esto quiere decir que lo que ocurre, en todo caso, es un cambio en la relación hombre-tierra, pues ésta tampoco los detiene y no por ello dejan de considerarse a sí mismos campesinos. Esta constatación se confirma, por otro lado, por la declaración que han hecho centroamericanos indocumentados asegurados por las autoridades migratorias de México en el acta correspondiente.

Preguntando se llega a ... al norte

Prácticamente ninguno de los entrevistados tenía un mapa de México, ni tenían idea de la distancia que había de la frontera sur del país citado a su punto de destino, tampoco mostraban gran preocupación por saber a ciencia cierta cuánto tiempo les tomaría llegar a él, si bien decían que querían llegar lo más pronto posible.⁴ Los que dirigían sus pasos a alguna localidad fronteriza del sur, argumentaban lo próximo para no preocuparse por tener información más precisa, mientras que los interesados en ir a ciudades del centro o norte de México, así como los que pretendían llegar a Estados Unidos (California, Texas, Florida, Nueva York, etc.), se conformaban con saber cuál era la ciudad más inmediata a ellos ubicada al norte; al llegar a ella, preguntarían por la siguiente, siempre hacia el norte, hasta llegar a su destino.

Durante un tiempo, los migrantes primerizos se acercaban a los mapas murales de México que se encuentran en aeropuertos y estaciones de autobuses, pero como al estar señalando su ruta al norte eran detectados por agentes de migración o de seguridad pública, muchos de ellos prefirieron después evitar delatarse de esa manera. Optan, mejor, por preguntar en espacios públicos (calles, mercados,

⁴ Las opiniones de los entrevistados, sin embargo, no significan que todos los migrantes actúen con ese grado de desconocimiento, o que todos hubieran dicho la verdad; no por afán premeditado de mentir a toda costa, pero sí eventualmente como una manera de proteger a las redes sociales que les apoyan y orientan.

parques) a cualquier transeúnte que no les inspire temor. Otros más evitan, en lo posible, transitar por las ciudades y vías más concurridas del sur de México, pues han sido informados que los controles de migración son más estrictos por aquellos lares.⁵ En consecuencia, prefieren caminar a campo traviesa, siguiendo las indicaciones que, por el camino, les van dando lugareños, o siguiendo los pasos del guía contratado ex profeso, asumiendo los riesgos de ser abandonados por éste, o ser víctima de bandas de asaltantes. Impresiona saber que sus caminatas se prolongaban por días y días, hasta sumar semanas de un lento pero constante caminar. Ciertamente, cruzar por alguna ciudad, incluso con visa restringida, no los libra de abusos y vejaciones, así como la pérdida de documentos y otros bienes, como también lo registra la Comisión Nacional de Derechos Humanos.⁶ Otros más, prefieren viajar por transporte foráneo, público o de empresa particular, previo acuerdo con el conductor de la unidad, o montarse sorpresivamente en un tren de carga, porque consideran que así evaden con mayor facilidad y seguridad a las autoridades públicas, sean de migración o de alguna corporación policiaca. Y no faltan los que ya vienen dispuestos a “dar mordidas”, ya sea porque ellos mismos ofrezcan, ya porque el agente público se lo solicite a cambio de no entregarlos a migración, caso de la policía judicial, la más denunciada por sus abusos, aunque varios de los entrevistados prefirieron no dejar constancia grabada de los abusos de que fueron objeto (en particular las mujeres, que fueron acosadas sexualmente a cambio de no ser delatadas).

Las distancias, los controles gubernamentales, los robos, asaltos y abusos de toda índole, en pocas palabras, sí afectan a los migrantes, pero no constituyen un desestímulo a sus intenciones de desplazamiento.⁷ Antes bien, les invitan a afinar su cautela, a cuidar sus pa-

⁵ Su información es bastante fidedigna o, si se prefiere, coincidente con lo dicho en abril de 1995, por el cónsul de México en Quetzaltenango, Guatemala: “en la carretera costera que va del cruce fronterizo Talismán-El Carmen a Arriaga, Chiapas, existen no menos de 11 controles oficiales” de distinto signo. Véase Cerritos M., Javier. “Protección de nuestras fronteras”, en *Asuntos migratorios en México. Opiniones de la sociedad*, México: Secretaría de Gobernación-Instituto Nacional de Migración, 1995, p. 131.

⁶ Véase, de la Comisión, el *Informe sobre violaciones a los derechos humanos de los inmigrantes. Frontera sur*, Comisión Nacional de Derechos Humanos, México, 1995, cap. VII.

⁷ Según las estadísticas oficiales del Instituto Nacional de Migración, en 1991 Méxi-

sos y conducta pública, a perfeccionar sus estrategias migratorias. En ninguno de los entrevistados se observó dudas o cambios en sus proyectos debido a los factores antes mencionados; sí, en cambio, quienes dudaron de seguir avanzando hacia el norte, de reincidir en ingresar de manera indocumentada por otra vía, en prolongar su estadía en alguna localidad mexicana más allá de lo inicialmente pensado, fueron los que extrañaban sus círculos familiares (padres, consorte, hijos), pero omitieron decir qué tanto extrañaban su país, su trabajo previo a la migración, etcétera.

Ninguno de los entrevistados, fuera que se dirigiera o encontrara en alguna localidad fronteriza del sur, del centro, noroeste o retornado del norte, manifestó haber viajado absolutamente solo. Pudo haber iniciado, aunque fueron pocos, el traslado acompañado de un menor, pariente o amigo, pero en el camino fue acompañándose de coterráneos u otros centroamericanos, incluso mexicanos y de otras latitudes de Latinoamérica, con propósitos similares, ya fuera por iniciativa de uno de ellos, o bien porque la contratación de un guía (pollero) los aglutinara: “La verdad ando solo, me da miedo irme solo. Si tú quieres ir conmigo, vámonos. Nada más que no voy a andar mis papeles porque si no van a decir que soy coyote, que te estoy cobrando y entonces a mí me chingan. Voy a hacer como que soy también de Centroamérica”, comenta la entrevistada que le dijo un mexicano. De esta forma, o iban compartiendo instrucciones previas, experiencias, referencias de lugares, personas, rutas, horarios, o se iban animando unos a otros a indagar por el camino los pasos a seguir. Las redes sociales preexistentes, o las que se iban hilvanando al hacer ruta migratoria, eran el referente más eficaz de los nómadas centroamericanos: sin ellas, el migrante no iría muy lejos, ni con los márgenes de seguridad con que se desplazaba, por limitados que ellos fueran.

co expulsó y rechazó a 133 mil 342 extranjeros, la cifra más alta en la historia del país, y a partir de ese entonces ha ido disminuyendo la cantidad año tras año: 123 mil 046 en 1992; 122 mil 005 en 1993; 113 mil 115 en 1994 y para el primer semestre de 1995, 70 mil 024. Véase *Estadística migratoria*, vol. 1, número 6, México: Instituto Nacional de Migración (INM), agosto de 1995, pp. 61-62. Esta disminución constante es interpretada, por algunos funcionarios públicos, como resultado exitoso de las políticas gubernamentales. Ello es cuestionable ante la ausencia de datos que confirmen si los indocumentados encontraron vías alternas más seguras, si aumentó la corrupción, etcétera.

Está fregada la cosa [en C. A.]; allá [en el norte] sí hay

“La economía de El Salvador está un poquito mal, y no es la primera vez que dicen que está mal: siempre ha estado mal”, dijo una joven estudiante, mientras que otra dijo haber abandonado los estudios por necesidades económicas:

me dediqué prácticamente a las labores de casa. Porque como no hay empleo, entonces uno necesita, tiene que quedarse por ley uno en su casa; porque no hay trabajo y si uno quiere estudiar le ponen a uno muchas cosas, para poder estudiar. Uno lo que hace no es retirarse de su casa y buscar por otros medios cómo sobrevivir.

A las situaciones económicas se agregan las políticas:

cuando hay cambio de gobierno en nuestras naciones se da lo que le llaman venganza popular, que los que toman el poder quieren destruir al que estaba antes, entonces mucha gente por esto también se viene, o sea que hay en juego más que todo lo económico y lo político.

Y, la misma salvadoreña agrega:

La mayoría de gente la viene de zonas urbanas porque la gente de las zonas rurales o no tiene familiares en los Estados Unidos o no tienen medios con qué movilizarse para hacer el viaje a los Estados Unidos. Incluso gente de las zonas urbanas venden sus propiedades y se quedan sin donde quedarse en su propia nación.

Las evaluaciones sobre el desarrollo social, político, económico del país de origen, de los migrantes centroamericanos, se inclinan más a destacar los aspectos negativos y limitados que les obligan a buscar alternativas en el exterior para su desarrollo personal y familiar, o bien para paliar las expresiones cotidianas de su pobreza.

Una parte de ellos viene por mejorar su nivel de vida, otros por la gran explosión que hay en Centroamérica especialmente, que es la desestabilidad política en las cuatro naciones, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua.

Otros decires:

en mi país la situación económica está bastante dura. Allá con tres lempiras no se puede comprar nada. Luego los trabajos, el salario mínimo es bastante bajo.

No está uno rebien, pero tampoco estamos mal. Comparado a nuestro país, estamos más cómodos por acá [en México] que allá [en Guatemala]. Y eso es lo que nos hace quedarnos por acá y ya nos adaptamos a los movimientos, las costumbres y todo eso, ya se nos hace un poco difícil regresar.

Aunque la mayoría destaca el factor económico, lo cual no extraña a la luz de que los entrevistados eran preferentemente trabajadores agrícolas y transmigrantes, hubo quienes matizaron la importancia de la economía. Por ejemplo, los mismos guatemaltecos involucrados en la administración de fincas, señalaban la posibilidad de regresar en cualquier momento a su país de origen y conseguir empleo, “aparentemente podría encontrar un trabajo con las mismas condiciones de salario”, pero preferían seguir laborando en unidades productivas ubicadas en la zona limítrofe que les permitía estar cerca de sus familiares

nunca podría ser feliz hasta estar al lado de mis padres. Se me presentó la oportunidad y regresé a casa. Ahora me siento bien, viajo diario, estoy en casa, veo lo que tengo que ver en el trabajo y ya regreso con mi familia.

También habría que recordar lo referido antes sobre problemas familiares. O bien:

Ahorita acaba de terminar la guerra [en El Salvador], pero la guerra se acabó pero hay mucha drogadicción, pandillas y realmente no nos arriesgamos a estar mucho tiempo, a seguir estando ahí porque lo pueden hasta matar a uno.

Yo tengo muchos enemigos por ahorita... no me quieren ver vivo, no sé que va a pasar si regreso ahora. Antes no habían matado a nadie de la familia. Pero teníamos temor, por eso salimos de Guatemala. Ahora ya no queremos ese temor... retornar es ir a entregarnos para que nos maten.

La idea, dice otro entrevistado, es mejorar en todos los aspectos, propósito “de todo ser humano: de días mejores no de peores”. Progresar no es un sueño, puesto que hay quienes salieron y volvieron con

riqueza, constituyéndose en ejemplo a seguir para las nuevas generaciones de migrantes:

como muchos de allá [del lugar de origen] han progresado y todo eso, ésa es la mira de uno también, para ver si alcanza algo uno en la vida.

Ir a Estados Unidos, vivir en Estados Unidos, trabajar en Estados Unidos, son ideas que se arraigan en la mente de los transmigrantes centroamericanos. Algunos sólo hablan de los beneficios y, aunque refieren que no es fácil colocarse, prefieren explayarse sobre lo que podrán hacer:

allá se gana en dólares. Sí, como sea, se ganan dólares. Me pongo yo a pensar, yo, bueno, 100 dólares, 200 dólares que mande mensualmente a mi casa son bastante ayuda porque 100 o 200 dólares en mi país es bastante dinero..., es una gran ayuda a mi familia.

Con 150 dólares se llena las bolsas de dinero uno, lo cambia y anda trayendo un montón de dinero, comprando aquello o comprando lo otro. Puede ser ésa la razón de que todos soñamos, añoramos a los Estados Unidos y poder trabajar ahí.

Otra transmigrante refiere la experiencia de un tío, ejemplo que ella sigue:

un día de estos pensó: "mejor me voy a Estados Unidos, allá compro mis tres o cuatro carros y los traigo para Honduras a ponerlos de taxi y no me ando matando la vida en un taxi toda la santa noche o todo el día trabajando para ayudarle a mi familia..., traigo mis taxis y pongo gente a trabajar, que los trabajen y me llevo la vida más fácil". Se fue para allá y ya tiene un año y medio de estar allá y ésa es la idea de irme a reunir con él allá.

Un testimonio más, de uno que reincide en su tránsito a Estados Unidos, de donde volvió con éxito económico:

como la vez pasada que traje dinero, logré engancharlo [el terreno], así por abonos. O sea que ahorita de lo que estaba trabajando le dije a mamá que pagara un mes ahí de adelantado por cualquier cosa, para que no lo vayan a recoger.

No es que la vida sea en extremo insufrible, si así fuera todos migrarían, dice un entrevistado, que agrega:

la verdad, no está tan dura [la vida en su país de origen], pero uno siempre con el deseo de ganar dólares, como dicen que los dólares son bonitos.

Ganar dólares no es fácil y los migrantes lo sabían, así como estaban conscientes de sus limitaciones; ninguno de los entrevistados sabía inglés y casi todos incursionaban por primera vez, siguiendo los pasos de algún pariente, amigo o conocido. Alguno de ellos, sólo llevaban un teléfono que, en ocasiones, se iba en la cartera que les robaban. Pero era impensable volver espaldas sólo por la pérdida de unos pesos que así fueran pocos, era su único capital para la travesía, y un teléfono, lo único que desde antes de salir, ya significaba su primera conexión en Estados Unidos. Pero sabían que había más riesgos volviendo espaldas que siguiendo al norte. Mientras se pudiera avanzar, no había razón para detenerse, menos para volver.

También había conciencia de las pérdidas afectivas: la mamá,

lo único que tengo... quisiera estar con ella, pero nunca he podido estar con ella, siempre he estado bien lejos de ella..., sí, la necesito mucho por dentro. No sé qué va a pasar.

Pérdidas, también, de ciertas comodidades y atenciones diarias, no sólo en Estados Unidos, sino trabajando en la ciudad de México e incluso en localidades fronterizas del sur del país:

uno tiene que dejar el trabajo y a veces sale muy cansado uno y no tiene dónde dormir. A veces sale tarde de trabajar y sale todo sucio y no tiene adónde ir a lavar su ropa o adónde irse a acostar.

Entre los entrevistados que se ubican en el sur de México, en las fincas, las quejas son por los bajos salarios y por las precarias condiciones de vida. Y aunque hay denuncias sobre el incumplimiento de pago, bien que mal le son cubiertos sus honorarios. En cambio, los que se dirigen a las áreas citadinas del sur, hablan del trato discriminatorio de que son objeto, de las amenazas de ser denunciados a migración si protestan, de ahí que prefieran ir más al norte:

Yo estuve trabajando aquí [en Tapachula, Chiapas] y en otra parte y no me quisieron pagar y nos dijeron que nos iban a echar la migra si no nos íbamos... Es que así por eso no nos gusta trabajar aquí, a nadie nos gusta trabajar porque siempre salen con esas cosas; que le van a echar la migra a uno, que se vaya mejor.

Otro más señala el auge en la construcción, de cómo se ha construido en los últimos años en Tapachula:

lo único que abunda es la albañilería. Y luego que ya he trabajado de eso, pero allí lo explotan a uno, lo explotan porque como lo miran que no es de acá, tratan de aprovecharse de uno pagándole una cantidad poca, que realmente no es lo indicado.

...Ir más al norte, es lo mejor. No necesariamente a Estados Unidos. El norte de México ofrece, opinan, mejor trato, más opciones, más entretenimiento, más qué conocer:

¿Para qué me voy a Estados Unidos? Si yo llegó hasta Guadalajara, Monterrey, o una parte ya un poco lejos de acá [del sur de México], que sé que me están pagando bien, para qué me voy a Estados Unidos. Allá en Estados Unidos no todo, como dicen, es cierto. Muchos piensan, tienen esa idea errónea, de que si se van a Estados Unidos van a recoger los dólares con una escoba, o con un agarrador de basura. No, si se van a los Estados Unidos, pues se va a sufrir porque allá hay bastante discriminación, a los latinos allá no nos quieren.

Otra opinión en el mismo sentido:

Yo estando en México miro que en el Distrito Federal, Guadalajara, más adelante, pagan bien por lo que me han contado. Les digo yo: váyanse para allá, para el norte de México, allá te pagan bien, acá [en Tuxtla Gutiérrez] te pagan poco.

1994, el año esperado, ¿por quiénes?

Durante los años previos a 1994, en México se vivió la expectativa de lo que vendría con ese año. Los escenarios promisorios eran constantemente señalados por altos funcionarios gubernamentales, mientras que los detractores llamaban la atención sobre las pérdidas que

la firma y la puesta en práctica del TLCN significaría para el pueblo de México.⁸

Las opiniones de los entrevistados, en términos generales, como la de muchos otros observadores, tenían una buena dosis de inexactitud, de idea vaga, aunque sí referida a las economías del norte del continente y de estímulo a las labores económicas de los países involucrados. De esta suerte, hubo dos segmentos diferenciables: uno, que mostró su sorpresa ante la mención del TLCN, pues desconocían todo lo referente a él. Un segundo, mostró conocerlo, o bien sin nombrarlo dijo saber que los gobiernos de Estados Unidos, Canadá y México se estaban poniendo de acuerdo para ser más amigos, para comerciar más entre ellos.

Ante las preguntas sobre el TLCN y sus posibles implicaciones para la economía mexicana, o sus efectos sobre la migración centroamericana, las respuestas fueron del siguiente tenor: "Sí, he oído hablar de eso que, en realidad, la información concreta no la sé".

Yo creo que no producen [los mexicanos] artículos manufacturados que puedan tener buena competencia dentro del mercado norteamericano porque su tecnología aún no la han desarrollado a un nivel para competir con los productos elaborados por los Estados Unidos.

Oí o entendí quizá, que va a ser de un límite, como decir, un límite de compra y de venta; que un producto realizado acá (en México) para ser vendido allá [en EU] y el que está hecho allá para ser vendido acá, y así.

"Sí, se escuchó bastante". "Una que otra palabra". "No". "Hace poco que compré un televisor y es donde sí ya me di cuenta de los negocios de los países..., podría decirle que sé un 60%". "Si el país tiene salidas, pues puede tener también entradas, ¿verdad?..., podría ser que haya más establecimientos educativos, centros médicos y quizá un salario mejor".

Los trabajadores temporales entrevistados, ubicados en la frontera sur, casi en su totalidad, negaron saber del TLCN. Sólo los que desempeñan una labor administrativa en las fincas agrícolas dijeron

⁸ Consúltense el amplio, aunque desigual, debate que se dio durante 1992 y 1993 en la prensa mexicana sobre los pros y contras del TLCN.

tener noticias generales, a partir de la información difundida por los medios de comunicación masiva.

Otros centroamericanos que se consideran a sí mismos refugiados dispersos no reconocidos, ubicados en distintas localidades mexicanas, aceptaron saber del TLCN, del cual mencionaron que era un plan económico de Estados Unidos, México y Canadá. El medio por el cual se enteraron fue, en mayor proporción, la televisión, seguida de la radio y la prensa. A ciencia cierta no saben en qué consiste el TLCN ni guardan esperanzas de beneficio, sino más bien se muestran cautos y recelosos pues temen que se contraiga el mercado laboral.

En contrapartida, hubo otros que opinaron que el TLCN aumentaría las oportunidades de empleo para centroamericanos:

~~va a tratar de traer un poco más de producción, un poco más de movimiento, de tráfico de trabajo a la larga. Yo creo que va a ser el momento en que van a necesitar más de gente extranjera, porque en estas áreas [sur de México], como nosotros decimos, si no ocupan gente extranjera son hombres muertos, porque nosotros somos la mayoría, el 90% que permanecemos aquí somos extranjeros, son muy pocos los mexicanos.~~

Algunos transmigrantes entrevistados, jóvenes salvadoreños, ciudadanos de clase media, con instrucción básica y media, con antecedente migratorio a Estados Unidos donde periódicamente laboran, señalaron saber del TLCN por noticias televisivas y comentarios de connacionales en los Estados Unidos. Desde su punto de vista, el TLCN es un acuerdo para la gran industria. Otros transmigrantes, nicaragüenses, también jóvenes de clase media urbana y con niveles básicos de instrucción escolar, coincidieron en aceptar saber del TLCN por la prensa, televisión y los comentarios de connacionales en Estados Unidos.

Por último, centroamericanos residentes en distintos lugares de México, en áreas urbanas y semiurbanas, guatemaltecos, salvadoreños, nicaragüenses y hondureños, acompañados de su familia (cónyuge e hijos), todos declararon saber del TLCN debido a la difusión en televisión, prensa y radio mexicanos, sin que en su país de origen hubieran tenido noticias, ni las comunicaciones con sus familiares y amigos residentes en Centroamérica les hicieran comentario al respecto. Para ellos, el TLCN es un acuerdo de gobiernos que no be-

neficiará a la sociedad: “Pues mire, yo hasta ahorita no se ha visto nada de ese libre comercio”. “Es una política de que..., usted sabe que uno se ve afectado... Uno siempre lleva las de perder”.

En relación con los potenciales beneficios del TLCN, del total de los migrantes centroamericanos entrevistados sólo unos cuantos de los jóvenes transmigrantes esperan mayores facilidades de empleo y mejores salarios, aunque están conscientes de la necesidad de regularizar su estadía en Estados Unidos, adquirir una capacitación y dominio de la lengua. Adicionalmente, señalaron desconocer en qué tiempo podrá observarse que el mercado laboral satisfaga sus expectativas de mejora por el TLCN.

Sobre el posible efecto del TLCN en la migración centroamericana, los entrevistados señalaron que el problema está en su país de origen, que sigue habiendo pocas posibilidades de superación y realización, aparte de la inseguridad social y la inestabilidad política. En las entrevistas, casi todos los guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses hicieron referencia a la violencia todavía prevaleciente en sus localidades de origen o a pérdidas de bienes o empleos debido al conflicto. Los hondureños, por su parte, se limitaron a decir que la economía de su país está en malas condiciones, sin posibilidades de satisfacer la demanda de bienes y servicios, así como de empleo. En este contexto, cobran importancia los señalamientos de algunos salvadoreños en el sentido de que habían encontrado una manera de resolver sus problemas económicos con la migración temporal a Estados Unidos, que las redes de connacionales les facilitaba el traslado y la estadía y, que si bien la situación de su país era incierta y difícil, contaban con esa forma práctica de resolverla.

A los migrantes centroamericanos entrevistados les resultó imposible diferenciar los flujos pre TLCN de aquellos otros que podrá estimular éste. Por lo regular, insistieron en mencionar la situación de su país de origen como razón para emigrar. Saben que los controles migratorios son cada vez más estrictos, que las posibilidades de ser detenidos y regresados son cada vez mayores. De igual forma, están conscientes de los riesgos que corren en su tránsito como en los primeros tiempos de estadía en el lugar de destino. Piensan que esta situación no va a cambiar con el TLCN. Por el contrario, hubo quienes hicieron referencia al exacerbamiento de sentimientos antinmigrantes que se ha pronunciado en California en los últimos años:

lo que he sabido últimamente es de que a todos los latinos no nos quieren; los están matando. Mexicano, hondureño, todos los latinos. ¡Y qué no digo de los federales!" [se refiere a la *Border Patrol*].

Los empleadores mexicanos de mano de obra centroamericana en la frontera sur del país, si bien están enterados del TLCN, desconocen sus alcances y no saben si la puesta en vigencia les producirá beneficios o perjuicios. Incluso, parte del trabajo de campo en la ciudad de Tapachula, coincidió con la celebración de una reunión de cafecultores con un funcionario regional de la Secretaría de Comercio (16 de julio de 1993). En la reunión se expresó la preocupación de los primeros sobre la ausencia de información sobre el TLCN, a lo cual el segundo se comprometió a brindar información y orientación en un futuro próximo y ofreció seguridades de que éste traería beneficio al campo y sus productores. No obstante las palabras del funcionario, el auditorio quedó insatisfecho, como lo hicieron saber algunos de ellos al momento de la entrevista y cuestionarles sobre el efecto posible sobre la mano de obra centroamericana. Sobre ella, señalaron que, de continuar los problemas de precios del grano y la falta de apoyos para la producción, con seguridad reducirían la demanda de trabajadores ya que no podían reducir salarios. Con ello, indicaron, los trabajadores desempleados tendrían que trasladarse a otras actividades y regiones del Estado, o dedicarse a la delincuencia, dado que pronto se agotarían las fuentes laborales disponibles.

1994, el año inesperado, ¿para quiénes?

Se suponía que el 1 de enero de 1994 sería para el TLCN, pero fue para el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (ELZN). Como olas que remontan mar adentro, las noticias sobre los zapatistas fueron creciendo hasta llegar a saturar la prensa mexicana y mundial (referente a México) difundiendo, desde distintos puntos de vista lo que ocurría en algunas localidades chiapanecas y, en general, la situación socioeconómica tan crítica que prevalece en ese estado fronterizo, así como su historia política tan lejana de la práctica democrática; sólo hubiera faltado la asonada militar para que la similitud con algunos países de Centroamérica acabara de hermanar, también en eso, a Chiapas con la otrora capitania de Guatemala.

Hubo un alud de información que confundía más que aclaraba, tanto en México como en el exterior. Durante todo 1994, por distintas razones, Chiapas, la principal puerta de acceso de Centroamérica a México y principal receptor de migrantes de aquella región, vivió un gran momento de inestabilidad social y política.⁹ El movimiento de tropas, la posibilidad de guerra, estaba más que latente no obstante la pronta tregua a la pólvora. En ese entorno, que incidía en el estudio de coyuntura, la pregunta era obligada: ¿cómo afectaba el zapatismo y la inestabilidad generalizada en Chiapas en el comportamiento de los flujos migratorios centroamericanos? De súbito, como ironía, la insurgencia zapatista aparecía como la actividad que desestimularía en el corto plazo la migración centroamericana, cosa que no lograban las medidas gubernamentales. De hecho, hoy lo sabemos por las estadísticas publicadas por autoridades migratorias mexicanas,¹⁰ hubo una menor proporción de guatemaltecos y salvadoreños expulsados y rechazados en ese año, lo que pudo deberse a una menor presencia de migrantes de esas nacionalidades, las más recurrentes y, en principio, también las más informadas de lo que ocurre en México.¹¹

Dificultades de distinto signo impidieron realizar entrevistas a centroamericanos en ese estado en conflicto. De cierto, el mejor lugar para saber las opiniones de los potenciales migrantes era su lugar de origen, pero no se tenía pensado en ningún momento realizar trabajo de campo en Centroamérica, ni tampoco recursos económicos que lo permitieran. Así que, ante estas imposibilidades, opté por saber el parecer de los entrevistables que hubieran llegado a México en el año 1994. Los encontré en el centro del país, casi todos transmigrantes, “huéspedes” por unas horas de las autoridades de migración de México. Sus opiniones se pueden aglutinar en dos segmentos.

Un grupo opinó que no sabía nada de la guerrilla zapatista, que si hubiera sabido no hubiera venido. Sin embargo, durante su tránsito por Chiapas (algunos vinieron a pie, otros por carretera y unos

⁹ Cfr. Cerritos M. J. “Protección de...” *op. cit.*

¹⁰ Véanse las cifras sobre expulsiones de centroamericanos por las autoridades migratorias de México, citadas en la nota 7.

¹¹ Ésta es una hipótesis del autor. Por otro lado, en las conversaciones con nacionales de dichos países me percaté de su mayor familiaridad con el acontecer mexicano.

cuantos por ferrocarril), que duró de 3 a 30 días, en ningún momento se vio involucrado en alguna situación que se relacionara con el conflicto de referencia. Ante la pregunta de ¿qué hubiera hecho de llegar, involuntariamente, a encontrarse con gente armada en plan de guerra?, respondieron que habrían declarado su nacionalidad, su situación de tránsito y su deseo de no mezclarse en problemas locales: “si uno respeta, lo respetan a uno”. En tanto que transmigrantes asegurados por migración manifestaron su intención de reincidir en cruzar por México en cuanto les libertaran en Tecún Umán, Guatemala.

Un segundo grupo manifestó haber sabido de los zapatistas y de los conflictos en Chiapas previo a su viaje por México. No pospusieron su viaje, ni cambiaron la ruta seleccionada ni tomaron precauciones adicionales. Sus razones: 1) su experiencia nacional les dotó de la tranquilidad suficiente para, de encontrarse con guerrilleros, explicarles su transitar pacífico y respetar la opción de “los muchachos”; 2) el conflicto, sabían, estaba por el rumbo de la selva (Lacandona, no sabían el nombre de ella), y ellos viajaban por la costa; 3) la guerrilla se da “en el monte” y ellos viajan por caminos muy transitados; 4) eran gente pacífica y los guerrilleros pelean con los soldados, con gente armada. Al igual que los otros transmigrantes asegurados, volverían a migrar en cuanto les fuera posible.

Los testimonios de los transmigrantes, en síntesis, indican que la insurgencia zapatista no afectó sus proyectos de desplazamiento internacional, ni siquiera los pospuso. De ser así, quiere decir que las razones propias del migrante pesaron más que los posibles estímulos y desestímulos de la coyuntura (TLCN y EZLN).

El sueño soñado: el migrante aprehendido

Los transmigrantes son los que tienen el sueño más ambicioso, los que más arriesgan y muchas veces los que menos logros obtienen (*cfr.* las cifras de expulsados en los últimos años por las autoridades migratorias de México). Si logran librarse de las bandas de maleantes que les acechan en lugares estratégicos de las rutas migratorias más concurridas; si encuentran un guía (pollero) que no les engañe, aunque les cobre caro, o si solos evaden la vigilancia de control migratorio, que son los menos y los más localizables; si pueden escabullirse de

los sorprendivos operativos de la policía judicial, que son los más y los menos previsibles; si, en fin, careciendo de mapas y conocimiento de las rutas terrestres logran llegar a la frontera mexicana con la de Estados Unidos, están, en realidad, apenas en la puerta de la aventura buscada. Lo previo, sin negar sus dificultades y grandes riesgos, no deja de ser los prolegómenos del riesgo mayor que habrán de enfrentar: tocar la puerta de la otredad que, posiblemente en otra lengua, con otros parámetros de relación interpersonal, con otra normatividad social, con otro todo podrá decirle si le contrata o no y bajo qué condiciones lo hará.

Veamos algunos perfiles de transmigrantes indocumentados, asegurados por las autoridades de migración de México en la estación migratoria de la ciudad capital:

Pequeña de estatura, cuerpo avejentado, arrugas en la cara que todavía guarda expresiones de niña. Delgada, camina con ligereza y desparpajo. No pareciera tener la fuerza necesaria para haber cruzado, caminando durante días, durmiendo en el monte, comiendo poco y regalado, como dice que lo hizo durante 17 días, para cruzar desde Chiapas hasta llegar a la ciudad de México. No venía sola, su hija de cinco años le acompañaba. Quería llegar a Los Ángeles, sólo que un policía judicial la detuvo y la entregó a migración.

Nació en Guatemala, en zona y familia indígena. Él mismo era indígena; su hablar entrecortado denotaba su escaso dominio del español. Su desgastada vestimenta no ocultaba su condición de pobreza extrema. Sus manos grandes y pies pequeños, las cuatro extremidades deformes, eran la muestra de una larga vida de trabajo. Siendo joven, parecía viejo, pues quería resolver la enorme deuda que les dejó su padre al morir: 40 mil quetzales. Pareciendo viejo, actuaba como muy joven: confinado en la estación migratoria, sólo esperaba volver a su casa, ver a su madre y ponerse a trabajar muy duro en el campo, ganar 10 quetzales por jornada e ir abonando la deuda para que no les quitaran la casa donde vivían él y su progenitora. Pero no por joven dejaba de comprender la inmensidad del compromiso heredado: la angustia llenaba su voz cuando decía insistentemente: necesito 40 mil quetzales, necesito 40 mil quetzales.

Brava la salvadoreña. La furia apenas le cabía en el cuerpo. Estaba enojada porque migración mexicana la había detenido, por segunda vez, en menos de un mes. No era justo, decía, a México no le pido nada ni le quito nada pasando por su tierra. No sé por qué me detienen. La primera vez la detuvieron en Tapachula, Chiapas; en la segunda alcanzó a llegar a Tijuana, Baja California. Sólo esperaba en una pla-

za pública a que caiga la noche para irse a cruzar por el Cañón Zapata, cuando llegó un agente y le pidió sus papeles. El que se escapó fue el pollero que la llevó hasta la frontera con Estados Unidos; apenas la había dejado en compañía de otras cinco personas, tres guatemaltecas y dos salvadoreñas, cuando a los minutos llegó la policía. Hablando de su experiencia fue recuperando la calma y, en un momento dado, con un dejo de complicidad, me dijo con brillo en los ojos: ¿te digo una cosa? Algún día voy a llegar a Estados Unidos. Su determinación era total.

Al principio nomás decía: "sí, pues", "sí, pues": no quería hablar. Había vendido un par de vaquillas para traerse unos centavos y pagarle a un pollero. Todo iba bien hasta que el pollero los abandonó por el rumbo de San Luis Potosí, cerca de una rancharía, adonde les dijo que lo esperaran porque iba por un bus. Le creyeron. Ahí se quedaron todo el día, pero al anochecer empezaron a sospechar una mala jugada. Pero ahí siguieron toda la noche. Al día siguiente se organizaron los que cuatro días antes, sin conocerse, empezaron a cruzar México por primera vez. Todos venían de Huehuetenango, Guatemala, aunque de distinto municipio. A todos los agarraron juntos a un lado de la carretera. Todos estaban juntos en la estación migratoria esperando la hora de ser llevados a Tecún Umán. Recordando la travesía, al calor de las bromas que le hacían sus compañeros de aventura, hasta se animó a enseñar su botines, todos gastados de las suelas, deformados, de colores pardos, seguramente rastros del color original, y él sin calcetines: eran importados de Estados Unidos y él quería comprarse otros iguales cuando llegara a California, pero esta vez no se pudo. Por eso le bromeaban: vamos por las botas, pues! le decían.

Los rostros de los sin rostro, de los que sólo llegaron a ser un número en las estadísticas de asegurados por las autoridades migratorias, se reproducen sin parar. Cada nueva visita a la estación migratoria para entrevistar a los indocumentados asegurados, significaba encontrar nuevos inquilinos centroamericanos que, en menos de 48 horas, ya estarán en camino a Tecún Umán, en viaje especial de algún autobús foráneo contratado ex profeso.

Visitar la estación migratoria, toda proporción guardada, es como llegar a una central de autobuses; líneas de gente frente a una ventanilla, no para comprar un boleto, sino para que le levanten el acta administrativa correspondiente. Más adentro, en un patio, como una gran sala, la espera de decenas hasta llegar a un par de cientos de asegurados que aguardan la hora de viajar. No hay hora precisa, pero saben que viajarán ese mismo día, o al siguiente a más tardar.

La prisa no es de ellos, aunque también les apremie llegar a la frontera, para, si son guatemaltecos, llegar a descansar unos días con la familia antes de intentar pasar de nuevo; si son de otra nacionalidad reiniciar la travesía a la brevedad (las autoridades de migración de Guatemala les dejan libres el mismo día o un par de días después, dado que ni los pueden trasladar más al sur ni encarcelar y alimentar indefinidamente). La prisa es de las autoridades migratorias, debido a que el espacio disponible no permite que los asegurados se queden por varios días; se sumarían tantos que la posibilidad de un motín (como ya ha ocurrido) pondría algo más que nervioso al personal de guardia.¹² El viaje a Tecún Umán, entonces, es cosa que no lleva más de dos días de espera si se está en la ciudad de México o al sur de ésta.

El agotamiento y el malestar son mayores para los que cayeron en el occidente o más al norte, así en general, como ellos se refieren a Guadalajara, Mazatlán, Monterrey, Chihuahua, Tijuana o Matamoros. Máxime, si fueron aprehendidos por miembros de la policía judicial (federal o estatal, es igual para ellos), pues, la mayoría comenta: les maltratan buscando drogas, o les proponen tratos indecorosos (relaciones sexuales a las mujeres) o de corruptela (dinero) para no entregarlos a migración, o los dejan en separos durante el tiempo necesario (que pueden ser días) para levantar el oficio de entrega a las autoridades correspondientes. Durante el encierro, los tratan como delincuentes comunes, no como infractores de lo administrativo, que es en realidad su categoría. Es decir, no se les permite bañarse, los alimentos los tienen que pagar de su propio bolsillo, quedan incomunicados del exterior y restringida su movilidad en el interior de los lugares de confinamiento. Como delincuentes, pues, como los otros encerrados a los que se les investiga por presuntas causas penales. Prácticamente ninguno de los entrevistados que corrieron la suerte de caer en manos judiciales hablan bien de esta autoridad. En cambio, después de esa amarga experiencia, pasar a resguardo de migración mexicana, pese a limitaciones varias, es un alivio: pueden hacer una llamada, bañarse, comer, dormir en camastros, todo sin costo para ellos y, lo mejor: pronto se les envía al sur.

¹² Para tranquilidad del personal de migración, a corta distancia de la estación migratoria se encuentra una unidad habitacional del ejército mexicano, que podría enviar elementos de apoyo en caso de emergencia.

El sueño del transmigrante de llegar a Estados Unidos vía México, o alcanzar los campos de cultivo del tomate y otros productos agrícolas de Sonora (“iba a Caborca”), pasa del ensueño a una realidad de pesadilla. No obstante, las ganas de llegar al norte se mantienen o, cuando mucho, flaquean. Todos los entrevistados, menos uno, manifestaron su deseo de reincidir. Hubo algunos que dudaron, se tomaron unos segundos antes de contestar que lo volverían a intentar.

No conocen ni parece preocuparles que, de reincidir, la ley mexicana contempla sanciones mayores. No lo saben, pero parecieran saberlo: México no tiene la capacidad material para encerrar por largo tiempo a los que reinciden en el incumplimiento de las leyes de población. El sueño se mantiene, la pesadilla pasa: volver a soñar está en el que busca hacer realidad el sueño soñado.

El sueño realizado: el migrante que llega al destino

La incertidumbre que vive el migrante temporal que llega a las fincas chiapanecas es diferente a la del transmigrante. Mejor dicho, cuenta con una serie de certidumbres que no tiene el que pretende ir al centro o norte de México y, menos, el transmigrante. En primer lugar, migra acompañado de familiares y amigos, todos de la misma localidad, a una misma finca, por lo regular ya conocida, a contratarse con un administrador o finquero ya conocido, a realizar actividades ya efectuadas por él o sus mayores.

En segundo lugar, no corre riesgos mayores de ser molestado por autoridades del orden público, que tan eficaces han sido con los transmigrantes indocumentados y no,¹³ y muy limitadamente por las autoridades de migración.

En tercer lugar, cuenta con el apoyo de redes sociales de viejo cuño que, en caso de necesitarlo, le auxiliarán a la brevedad; le informarán cómo están los pagos, dónde hay más trabajo, en dónde las condiciones son mejores, dónde no hay que ir, con quién no hay que

¹³ Véase Comisión Nacional de Derechos Humanos. *Informe sobre violaciones...* op. cit. caps. VII y VIII, en donde se señala que, en ocasiones, se han presentado casos de desconocimiento y destrozo de la documentación oficial que poseían migrantes centroamericanos legalmente en tránsito en el país.

tratar, por qué caminos hay peligros al retornar con el dinero obtenido, etcétera.

En cuarto lugar, cuenta con distintos antecedentes, personales o generacionales, no sólo del lugar sino también de las formas de relación, de tal suerte que no está expuesto a negociar su contratación en una lengua totalmente desconocida para él o su comunidad (asumiendo que tenga dificultades con el español), con parámetros de relación interpersonal que le sean novedosos en extremo, con una normatividad social que ya ha tenido ocasión, directa o indirectamente, de practicarla. O, si llegara a encontrar dificultades de comunicación, de entendimiento, cuenta con la posibilidad de que un coterráneo le ayude a esclarecer la duda en el terreno y momento mismos en que ella se presente.

Este perfil, que no niega problemas, es el más común entre los centroamericanos que vienen a trabajar al Soconusco o a algunas otras localidades fronterizas del sur de México.

La experiencia es más compleja para los que intentan llegar, por ejemplo, a Sonora, a contratarse para los cultivos del tomate, o algún otro, es decir, trabajadores agrícolas que incursionan en terrenos nuevos y que al ir más al norte, se les detiene como a los transmigrantes ya referidos. Estos trabajadores, que en principio siguen la misma lógica de contratación temporal, buscando un ingreso complementario a su economía doméstica, enfrentan una situación más problemática. Hay los problemas de ausencia de redes sociales de apoyo, que apenas empezaron a constituirse en 1992, como un gran problema que se dimensiona más al existir diferencias fonotípicas,¹⁴ culturales, lingüísticas, de vestido, e incluso ambientales y geográficas con sus lugares de destino, que marcan más la diferencia del migrante guatemalteco, por citar un caso, con el lugareño del norte de México.

Llegar es más difícil, ubicarse en algún trabajo es más tardado porque los referentes son imprecisos, ser detectados por las autoridades públicas es más fácil; hay menos rutas alternativas y, mientras más al norte, el territorio se ensancha a la vez que la población local está menos dispersa, aparte de que aparecen los terrenos in-

¹⁴ En ocasiones les llaman "oaxaquitas", al confundirlos con los indígenas de Oaxaca, llamados así despectivamente por algunos sectores sociales del norte de México.

hóspitos, desérticos, que no se conocen en Centroamérica. Sin embargo, como ellos dicen, hay mejores salarios que en el sur de México. Por otro lado, se consideran incompetentes para sujetarse a los ritmos y características de las cosechas del café, plátano y caña de azúcar. Es decir, es otro tipo de trabajador agrícola que no compite con la mano de obra que va a Chiapas, Tabasco y otras localidades del sur mexicano.

Estos otros flujos de trabajadores temporales son, no sólo más recientes, sino también numéricamente menores que sus homólogos de la zona limítrofe sur. Las redes sociales de apoyo, tan vitales en todo momento para el migrante centroamericano, están en etapa de constitución. Al presente, ni son tan amplias ni tan extensas. Si la población centroamericana dispersa por el territorio mexicano, llega, a comunicarse como hasta cierto punto es inevitable, y los trabajadores temporales acceden a esa red, éstos contarán con un gran apoyo. Pero, por lo pronto, ésta es una mera posibilidad.

¿Todas las historias en una?

En las entrevistas antes expuestas se conjuga una serie de prácticas sociales de individuos y grupos subalternos que, por no serlo, carecen de importancia social. Por el contrario, su importancia radica precisamente en los considerandos que ellos mismos hacen en su toma de decisiones antes, durante y después de la partida internacional. De esta suerte, la importancia de la vivencia del migrante le da una perspectiva particular al proceso migratorio en la medida que relativiza, se prepara para enfrentar, evadir, o asumir los riesgos y costos de las políticas migratorias que le son adversas, así como sacar provecho de las circunstancias que le benefician. Con las voces de los migrantes, cobra fuerza la idea de que los sujetos hacen de la migración internacional un proceso social con diferentes componentes, perspectivas y formas de realización. Todo parece indicar que en el fenómeno migratorio se responde a elementos de mayor peso y trayectoria histórica, como son:

- a) se trata de procesos largamente cuajados, que no por emerger nuevos flujos desaparecen los previamente existentes;

- b) procesos que son irreversibles y heterogéneos, pues presentan constantemente oleadas humanas de distinto grosor, algunas previsible como resultado de fuertes conmociones sociales, pero otras dictadas por un manejo más laxo del tiempo social y de respuesta a los requerimientos y expectativas de él, pero igualmente contribuyentes de una cuota humana;
- c) procesos que no son unívocos dado que en su ir y venir los migrantes son portadores no sólo de una habilidad, carencia, expectativa, logro específico sino también de un bagaje sociocultural que entra en juego en todo momento. Así, el proceso sociocultural en curso, independientemente de haber sido motivado por una razón determinada, establece redes de intercambio de valores y concepciones prácticas de la vida cotidiana. Éste es el otro enriquecimiento de las sociedades conectadas por los migrantes: sus culturas cambian no sólo por sí mismas, sino también por los procesos de asimilación, mutación o adopción de patrones de conducta que se reproducen a escala en los entornos en que se inserta la población migrante, y
- d) los hechos de coyuntura, como el TLCN y el EZLN, si bien pueden ser del conocimiento del migrante centroamericano indocumentado, no parecen afectar en el corto tiempo sus intenciones de desplazamiento internacional, aunque los datos estadísticos oficiales puedan sugerir una lectura diferente. En todo caso, habría necesidad de realizar estudios empíricos más detallados para respaldar las hipótesis que se presenten al respecto.

Lo anterior se concluye luego de observar: 1) la presencia de estrategias de sobrevivencia; 2) de mecanismos de movilidad social; 3) de proceder con base en prácticas tradicionales de relación social e incluso de esfuerzos adicionales por mostrar lo mejor de ellas en aras de conseguir mejores condiciones de partida, de tránsito, de contratación, de vida, de incorporación y aceptación, de retorno; 4) de los ciclos de vida, condición de género y de respuesta a los momentos de crisis; 5) pero también de los pesos relativos, al menos en el corto plazo, de algunos hechos macroeconómicos (como el TLCN) o de conflicto bélico (como la insurgencia zapatista).

En efecto, si lo que pesara en la decisión del migrante fueran los aspectos macroeconómicos que no le incluyen y los avatares sociales que podrían hacer peligrar su seguridad personal, la emigración centroamericana no tendría razón de ser. Aquí es donde cobra importancia justipreciar el peso relativo de lo externo en lo personal y, por ende, el valor de la vivencia del migrante en la explicación de una parte de su desplazamiento internacional. Lo volitivo es, entonces, fundamental para explicar el proceso migratorio centroamericano. Es cierto que migrando se responde a situaciones estructurales locales y nacionales, pero con acciones impulsadas por la voluntad del querer resolver, cambiar, superar, desarrollar; el migrante procura dar soluciones individuales a la problemática que le aqueja o limita.

En este intento, las redes sociales son sumamente importantes. Los migrantes reincidentes, que van temporalmente a algún destino previsto, o los nuevos migrantes, que incursionan por primera vez por territorios inciertos con punto terminal impreciso, muestran una gran confianza en los apoyos sociales ya existente o que se van generando azarosamente durante la travesía. Es realmente importante la confianza que se desarrolla entre gente que no se conoce y posiblemente no se volverá a ver: los migrantes demandando información, orientación, ayuda de quien encuentra al paso; éste proporcionando lo solicitado. No se trata de idealizar, cada quien se cuida a su manera, pero se dan los intercambios que no necesariamente se desarrollan por los caminos de la normatividad legal, sino por los de la relación social, por la solidaridad que aflora en el momento y se perpetúa en la medida en que se crea disposición para seguir auxiliando al caminante.

Pero por otro lado también hay una complicidad asumida con y por el migrante: no sólo porque se siguen las orientaciones prácticas de cómo continuar, llegar, qué medio utilizar, etc., sino también por la credibilidad que se otorga a las recomendaciones a seguir en determinada situación (autoridades, empleadores, coyotes, situación económica del lugar de destino, etc.). Me refiero a la alta credibilidad en las instancias civiles y la relativa en las instituciones, tanto por el informante como por el informado. Y, dentro de estas últimas, el enorme descrédito de las corporaciones del orden público. Mientras este desbalance no se equilibre, mientras esta disociación entre sociedad y poder público subsista, los procesos sociales de la migración

seguirán un curso que no necesariamente coincida con la elaboración y aplicación de las políticas públicas, como lo hemos visto en este concentrado de historias con los flujos migratorios centroamericanos de principios de los años noventa.

Ciudad de México, febrero de 1996

